



EL PERSONALISMO Y LA CRISIS DEL SIGLO XX

Como ya hice notar en otras ocasiones, entiendo que todo el que desarrolla una labor creadora en cualquier ámbito debe conocer de cerca el rostro de su época y de las gentes que la integran, para evitar inadaptaciones que no conducen sino al fracaso.

Una de las corrientes ideológicas más fecundas y características del momento actual es, sin duda, el llamado Personalismo. De su influencia en el Arte, en la sociología, etc., hablaré en otros trabajos. En éste quisiera tan sólo subrayar algunos de sus rasgos fundamentales y someterlos a una revisión lo suficientemente radical para descubrir el fondo común en que se asientan. Sólo así será posible dar un rotundo mentís a cuantos intentan minimizar la significación filosófica de la corriente personalista al amparo de su pretendido carácter asistemático. De hecho, la única forma de describir sin riesgo de alteración una doctrina que es un movimiento, un pensamiento en marcha, es mostrar el principio soterrado del que proceden en cada caso los diferentes rasgos que van configurando dinámicamente, al hilo del tiempo, la forma que da cuerpo a dicho conjunto doctrinal. Nada podría causar tan irreparables daños al Personalismo como el intento de reducirlo expeditivamente a una imagen estática, pues si algo puede definir con relativa exactitud este movimiento es justamente su decidido afán de superar en todos los frentes la *unilateralidad* de las formas de pensamiento atenuadas en exceso a la intuición sensible.

CARACTERISTICAS FUNDAMENTALES DEL PERSONALISMO

Sobre la base de textos de E. Mounier, uno de los autores personalistas cuyo lenguaje vigoroso y arriesgado ha dado lugar al mayor número de malentendidos, voy a destacar algunos de los rasgos más notables del Personalismo actual.

1. APERTURA Y FLEXIBILIDAD

El estilo de pensar que se afirma en la persona humana ostenta una forma singular de *dominio* que se traduce, a la par, en *apertura* y *vigor*. Lo expresó Mounier con su habitual rotundidad: El personalismo es "un conjunto de inquisiciones y de voluntades

que desea permanecer abierto, y al mismo tiempo vigoroso" (1).

Es, por tanto, excesivamente superficial interpretar la capacidad de plegar el conocimiento a las exigencias de los seres personales que posee el Personalismo como falta de robustez sistemática, pues la medida del rigor no viene dada por el poder de moverse al nivel de lo *abstracto*, sino de lo *profundo*.

2. EL PERSONALISMO DEFIENDE LOS DERECHOS DE LO ORIGINARIO

Por eso se constituye en garante de la dignidad de la persona humana, frente a todo intento de violenta *reducción* de la misma. Si impugna por igual al Totalitarismo y al Individualismo es debido a la *unilateralidad* de éstos, que se nutren de una voluntad a ultranza de desarraigo.

Frente a esta voluntad insolidaria subraya el Personalismo su orientación *comunitaria*, que debe ser estrictamente coordinada con el cultivo integral de los valores y exigencias *personales*. Este es el sentido profundo al que apunta Mounier cuando afirma que "la persona no es una célula, ni aun social, sino una cima de donde salen todos los caminos del mundo" (2). De ahí la importancia de las categorías de *Einzelner*, *Einmalig*, *Ursprung*, *Anfang*, etcétera, en el Personalismo germano.

3. EL PERSONALISMO RESPONDE A UN IMPULSO DE INTEGRACION

Si se considera el Personalismo especialmente ligado a la persona humana, no es por sentir como inesencial su relación a los otros seres, sino por la modélica complejidad o riqueza de esta forma de existencia, verdadera encrucijada de caminos del ser, y como tal, clave del pensamiento y de la vida.

Por eso reprocha al marxismo su olvido de ciertas dimensiones, como la interioridad y la trascendencia, no menos esenciales al hombre que la vertiente económica y hace ver al espiritualismo desencarnado que su purismo es, en el fondo, una evasión ante las exigencias del hombre integral y una forma, por tanto, de sutil falsificación que se traduce en un despojo de la persona humana (3).

(1) Cf. *Qué es el personalismo*. Edic. Criterio, 1956. Buenos Aires. (2) Cf. *Ob. cit.*, pág. 17. (3) Cf. Mounier: *Ob. cit.*, páginas 21-22.

Es muy importante advertir que esta voluntad de integración y el sentimiento de "no satisfacción permanente" que entiende la historia del hombre como "un movimiento para ir siempre más lejos" (4) tiene un carácter netamente analéctico—es decir, dialéctico- jerárquico—por basarse en la fuerza de cohesión que late en aquello que vence al tiempo. "El error consiste en querer realizar lo absoluto en lo relativo, nunca en pensar lo relativo sobre el fondo de lo abstracto, a fin de que lo relativo conserve una grandeza que cede infaliblemente al quedar abandonado a sí mismo" (5).

A este espíritu rigurosamente integracionista se opone "el delirio de pureza absoluta" que suele ir aliado con todas las formas de evasión individualista que rehuye la decisión y el compromiso, fuente de personalidades recias. Mounier se esfuerza por desembarazar el Personalismo de la obsesión de pureza, por cuanto "la pureza abstracta va siempre a lo general", a la situación incomprometida, mientras que el hombre verdaderamente personal no rehuye la contaminación mundana porque, al llevarla a cabo en nivel de profundidad, lejos de alienarlo, lo eleva a un plano de intimidad que es fruto del dominio. "El hombre, complejo por definición, solamente es sólido en aleaciones" (6).

El Personalismo siente vivamente el peso de la situación que coarta el vuelo purista del desarraigo y sabe valorar la inserción del hombre en una comunidad de destino que templará la gravitación egocéntrica del hombre. "No somos verdaderamente libres sino en la medida en que no somos enteramente libres." "No podemos ser sin asumir, y no somos sin esperar y sin querer" (7). El espíritu dimisionista deja al hombre ontológicamente en vacío y provoca el sentimiento disolvente de desesperación. El hombre sólo existe con autenticidad cuando es *responsable*, es decir, cuando adopta ante sí y el entorno una actitud de diálogo y *respuesta*. El egoísmo y la falta de compromiso desgarran el cordón umbilical que liga al hombre con el seno nutricional del que surge su personalidad.

La urgencia de subrayar suficientemente esta inserción ineludible del hombre en su entorno espacio-temporal inspira a Mounier frases de signo marcadamente pragmatista, que dieron lugar a muy lamentables equívocos. "El único medio eficaz para dirigir la Historia es analizar el movimiento de la historia dentro de una experiencia vivida y progresiva." "Querer actuar sin abandonar principios o sin ensuciarse las manos revela una contradicción en los términos" (8). Vistas en su contexto, estas manifestaciones no intentan sino quebrar el injustificado prestigio del *a priori* desarraigado, que pretende regir la experiencia de espaldas a la misma. Por eso no duda en escribir: "Este es un punto donde el realismo personalista bordea muy de cerca el método marxista, su esfuerzo para despejar los problemas históricos

del *a priori* y para soldar el conocimiento con la acción" (9). Hoy día, tras los estudios que han destacado la relación dialéctico- jerárquica del *a priori* y el *a posteriori* no es difícil advertir la recta intención que inspira estas frases un tanto apasionadas.

En el fondo, la razón de esta actitud crítica frente al *inmovilismo* de la concepción racionalista que quiere enseñorearse de la acción desde la tribuna de los principios, "sin necesidad de ensuciarse las manos", es el ethos realista que insta al Personalismo a buscar los *principios de acción* no en fáciles esquemas preconcebidos, sino en la *experiencia* y para la *experiencia*, conforme a un modo muy sutil de dialéctica que sólo puede debidamente comprender quien sepa captar en relieve las realidades complejas.

Evidentemente, los principios de acción deben ser plenamente *objetivos*, es decir, deben estar en condiciones de dominar, desde un plano supra-espacio temporal, la realidad huidiza. Pero esta verdadera objetividad sólo la engendra el *compromiso* con lo real, no la actitud "serena" del conocimiento racionalista *espectacular*, que adopta, al amparo del prestigio del conocimiento científico, un método de contemplación individualista. El Personalismo es lo suficientemente robusto para rechazar toda forma de objetividad que venga inspirada por una actitud de desarraigo, pues sabe ver que la pureza más lúcida, serena y transparente, cuando es aséptica, no constituye sino una especie de campana neumática en que se ahoga el espíritu. "El espectador, en materia humana, disuelve el objeto en lugar de revelarlo" (10).

Para comprender un objeto a distancia espectacular, es decir, en el plano superficial de la mera discursividad puntual, hay que diluirlo en perfiles, dejando de lado su compleja riqueza irreductible. Por eso advierte Mounier agudamente que "la comprensión absoluta del adversario impone al hombre comprometido un esfuerzo mucho más enriquecedor que el de la simple neutralidad objetiva, ya que el adversario es para él tanto un educador y un apoyo como una fuerza a destruir" (11).

4. LEY DE DISTENSION

He aquí cómo la voluntad de integración se coordina con la tensión de trascendencia. El Personalismo de todas las tendencias ha puesto singular empeño en descubrir el carácter heterocéntrico de la pureza

(4) Mounier: *Ob. cit.*, pág. 27. (5) Cf. Mounier: *Ob. cit.*, página 27. A esta concepción analéctica responde su empeño en coordinar "las exigencias suprahistóricas con las situaciones históricas" (pág. 32). (6) *Ob. cit.* (7) *Ob. cit.*, pág. 43. (8) *Ob. cit.*, páginas 46-47. (9) *Ob. cit.*, pág. 46. (10) *Ob. cit.*, pág. 52. (11) *Ibíd.*

y la llamada "vida interior", con el fin de evitar el egocentrismo de las diferentes formas de cosmética espiritual que cultivan los *bels esprits* por confundir la perfección, que es plenitud, con el afeite, que es infecunda retracción narcisista.

Claro está que el compromiso debe realizarse con la interna libertad del que vive a niveles profundos, para evitar la enajenación colectivista, que es fruto de la reducción violenta de la persona a individuo. "... No hay libertad del hombre sin un maduro compromiso (...); no hay compromiso del hombre sin una madura libertad" (12).

Por su espíritu integrador, el Personalismo tiende a unir en la persona "el gusto por juzgar, la libertad de comprender y la intolerancia a la confusión" (13) con el sexto sentido de lo *ambiguo*, que no es algo confuso, sino *profundo*. De ahí el afán de los mejores personalistas por evitar que el respeto a la verdad y a lo permanente degeneren en una actitud de sistemática abstención, por entender la retracción como pureza.

Que el personalismo busca la integración a través de lo profundo queda de manifiesto en la crítica que realiza Mounier del solipsismo y pesimismo de los pensadores existenciales, a pesar de que para éstos el hombre es a la vez un ser situado e interior, expuesto y secreto (14). Al partir del descrédito sistemático de lo "objetivo" y entender lo superobjetivo como meramente *in-objetivo*, no es posible captar la verdadera raíz de la objetividad, que es donde se unen lo interior y lo exterior y la soledad de desamparo se trasmuta en soledad de presencias silenciosas. El descrédito que el Existencialismo "arroja sobre todo lo que no es libertad pura y como gratuita tiende a desvalorizar toda existencia consolidada" (15).

5. EL PERSONALISMO OFRECE SOLUCION A LA CRISIS DEL SIGLO XX

Si pudiera demostrarse que el desconcierto actual en todas sus fases y vertientes procede del *desarraigo* y *superficialidad* de la cultura llamada "moderna" podríamos ver en el espíritu *analéctico*—intuitivo y reverente—del Personalismo una vía de solución a esta época de crisis. Correlativamente a la condición encarnada y ontológicamente comprometida de la persona, el Personalismo es constitutivamente una forma de pensamiento dialéctico—jerárquico, muy apto para abordar los problemas específicos de la hora presente, empeñada en abordar de modo integral el estudio de los seres más complejos.

Es vano, pues, todo intento de reducir a una forma concreta y exclusivista de movimiento político o doctrinal una corriente como el Personalismo, que es un esfuerzo total para comprender y superar el

panorama de la crisis del hombre del siglo XX" (16). Para ello, frente a los extremismos provocados por una actitud obsesivamente unilateral, impuesta por un afán a ultranza de certeza y vigor de corte cientificista, el Personalismo afirma sus posiciones "en el cruce de un juicio de valor con un juicio de hecho" (17). Si una de las tareas principales del momento actual radica, como escribí en otro lugar, en superar los mediocres dilemas "eidético-fáctico", "ideal-real", etc., se comprende la fecundidad práctica de una actitud que se funda en la correlación analéctica de lo llamado tendenciosamente eidético y fáctico. No trata el Personalismo de aplicar doctrinariamente un criterio a una situación, sino de *encarnarlo* (18), o mejor: de hacerlo surgir dialécticamente de la misma, recrearlo en la aventura de la experiencia. Por eso anota Mounier que "la disponibilidad le es tan esencial como la fidelidad; la prueba histórica como el análisis intelectual" (19).

Este afán integrador del Personalismo se cruza en perpendicular con las tendencias disolventes del mundo contemporáneo que prefiere la eficacia al equilibrio de la verdad integral. Este cultivo sistemático de las técnicas de despojo intelectual dió lugar a una "dislocación de la noción clásica del hombre" (20). Efecto previsible, pues el desconocimiento del valor de aquello que por complejo y ontológicamente rico es irreducible induce a diluir el ser humano en una serie puntual de actos o reducirlo a otros géneros de entidades cuya complejidad carece del carácter misterioso que hace al hombre objeto de piedad o amor reverente; me refiero, por ejemplo, al "grupo", la clase, la raza, la nación, etc. Hoy se afirma, a través del ensayo filosófico y la obra literaria, que el hombre carece de esencia y naturaleza y se otorga a la *nada* y a los sentimientos por ella inspirados—como la angustia, la náusea, el hastío, etc.—una importancia primordial en el proceso filosófico del trascender.

Es sintomático que el Personalismo reaccione una vez más de modo positivo ante esta prevalencia aparentemente deletérea de la nada, pues ello indica inequívocamente que su meta está puesta no en la persona humana como forma de "objeto privilegiado", sino en el ámbito general de lo profundo. La primacía de la nada "desfonda el universo repleto de los espíritus burgueses y sirve de antídoto a su frágil optimismo positivista". A mi ver, el efecto positivo de esta actitud a primera vista tan pretendidamente negativa radica en su ataque al objetivismo,

(12) Ob. cit., pág. 70. (13) Ob. cit., pág. 133. (14) Ob. cit., página 159. (15) Ob. cit., pág. 161. (16) Ob. cit., pág. 54. (17) Ob. cit., pág. 76. (18) Uno de los conceptos más fecundos, por complejo, del pensamiento actual es, sin duda, este de *encarnación*, que contrarresta con su ineludible carga ontológica la tendencia a la evasión idealista propia de épocas muy reflexivas. (19) Ob. cit., pág. 76. (20) Ob. cit., pág. 77.

del que delata su esencial precariedad para dejar al aire las frágiles raíces del confiado mundo clasicista y poner en claro que, además del poder técnico y el bienestar social, etc., el hombre de hoy necesita algo más profundo y perdurable: "una razón para vivir y morir, y, por tanto, una consistencia" (21).

Sólo desde esta honda perspectiva se puede comprender en su verdadero alcance el fenómeno de la enajenación del hombre actual y sus posibles vías de solución. Apuntemos aquí solamente unas breves precisiones.

La enajenación responde a una falta de autenticidad provocada por un descenso ilegítimo de nivel por parte del hombre. El ser humano debe desplegarse en un plano de profundidad que desborda las divisiones drásticas en que se asientan el Individualismo y su fenómeno concomitante: el Colectivismo. Por eso el estado *natural*, es decir, plenamente logrado, del hombre es la *co-existencia* en una vida de libertad, compromiso y amor. Entre el yo y el nosotros se establece así una singular forma de dialéctica, de cuya fuerza interna se nutre el Personalismo. Pues conviene no olvidar que *las realidades más nobles son aquellas que surgen por la interacción fecunda de ámbitos diversos, pero correlativos.*

Se adivina la ineptitud de las categorías espacio-temporales para dar razón de estas entidades. De ahí que cuando Mounier subraya que la persona no es una identidad abstracta y delimitada como las realidades "objetivas" mensurables, ni "una sustancia dada después de los fenómenos, un mundo que viene detrás, sino una existencia creadora de existencia en y por el fenómeno", hay que apresurarse a advertir su intención de situar el ser humano en su debido nivel. A eso tiende el vocablo "creadora" anteriormente subrayado y la apertura de la persona a la trascendencia. La unidad del ser personal es ganada en el dinamismo de un esfuerzo presidido por realidades con dominio sobre la discursividad espacio-temporal. La persona "no se desembaraza del fenómeno replegándose, sino por una cuarta dimensión de trascendencia" (22). El individuo suele temer la distensión, porque, al moverse en nivel superficial egoísta, teme que provoque su pérdida en el ámbito ajeno del otro. No advierte que el movimiento *hacia fuera* de la conciencia es un movimiento hacia lo profundo que no dispersa, sino que aúna al elevar a nivel superior.

La época actual está viendo cada día con más penetración que los peligros que amenazan la vida del individuo abren posibilidades inéditas a la persona, de forma que el único modo eficiente de salir al paso al fenómeno de la despersonalización es iniciar un proceso de transpersonalización que, por situar al hombre al nivel de profundidad que le compete, es fuente de plenitud y, por tanto, de hondo gozo existencial.

Tomar la persona humana como eje del pensar es

instalarse de golpe en un entramado de conexiones dialécticas extremadamente tensas, que no tienen semejante en las relaciones de causalidad lineal propias de los estratos inferiores de ser. Por eso escribe Mounier: "Estos dos movimientos, de expansión y de interioridad, constituyen las dos pulsaciones no disociables de la vida personal. Sólo se oponen por la manera en que se refractan en nuestra imaginación, hecha más para encuadrar la materia que para expresar la persona" (23). La primera exigencia del Personalismo será, en consecuencia, estudiar las realidades complejas *en su perspectiva adecuada*, sin extrapolaciones ni refracciones. Así ha de verse, por ejemplo, que toda forma de unidad auténtica debe anclarse en algo que trasciende el plano de los elementos unidos. De ahí que el equilibrio y la justa medida—como vió Guardini muy justamente—no puedan provenir de un sincretismo pacato, sino de una voluntad de superación.

El Personalismo es una actitud de equilibrio dinámico y trascendente, es decir, analéctico. ¿Cómo puede mantenerse ese tenso equilibrio entre la actividad externa y la custodia de sí mismo que llamamos *interiorización*? Moviéndose al nivel de lo profundo, con lo cual está dicho que no se trata de algo sincrético, racionalmente equidistante de dos puntos, sino de algo vitalmente muy intenso. El secreto de la vida personal consiste en mantener la existencia a la debida tensión o voltaje, pues en ella, como en la técnica aerodinámica, no hay más forma de equilibrio auténtico que el creado por la energía en acción.

De aquí se debe partir para hacer una crítica eficiente de las formas de alienación subjetivista y objetivista, que implican una actitud de sumisión indebida a categorías espaciales. La interioridad implica dominio de sí frente al vértigo de la fusión indiferenciada con la vertiente más a mano del entorno, y, por tanto, independencia y libertad dentro de una actitud de compromiso. "El Personalismo no puede aceptar que se lo bloquee, ya sea por el subjetivismo, ya por el materialismo. Quiere intentar, por debajo de sus exclusivismos, la reconciliación del hombre total frente a las dos enajenaciones contemporáneas" (24).

Lo importante es delatar el origen común de éstas que, a mi ver, radica en un fenómeno nefasto de dimensiones mundiales: *el alejamiento sistemático de lo profundo*, que impide a la vez la conquista del mundo y el logro de sí mismo. A ello alude Mounier sin precisarlo debidamente, al escribir: "Al mismo tiempo, y con el mismo movimiento, el hombre se desliga aquí de la realidad externa y se vacía de vida personal" (25).

(21) Ob. cit., pág. 83. (22) Ob. cit., pág. 88. (23) Ob. cit., páginas 92-93. (24) Ob. cit., pág. 102. (25) Ob. cit., pág. 101.